

No andaban, por tanto, muy equivocados los autores de la copla. En cincuenta y cuatro de los cien años del siglo la paz estuvo ausente del territorio español o de sus colonias ultramarinas. Pero, además, aquel cincuenta por ciento que sobrevivía al desolladero no tenía ante sí un futuro muy brillante. Veamos el horizonte optimista que se les ofrecía: «Pérdida más que probable del oficio, a lo largo de un servicio que hasta la época de Isabel II fue tres veces más largo que lo ha sido en nuestra época; certeza casi absoluta de que en el transcurso de su vida el recluta licenciado volvería a ser movilizado una y otra vez como reservista, sin la menor consideración a su situación familiar, sin que el estado pasase el más mínimo subsidio a una familia que quedaba entonces en la miseria»...

Ahí está la explicación de que quienes podían recurrir a la permitida redención en metálico y más tarde que se llegara incluso a la penosa figura del sustituto personal, del hombre que sufría por otro las penalidades y los riesgos a cambio de unas pesetas... Las familias eran capaces de endeudarse para toda la vida con tal de librar a un hijo de la guerra, de salvarlo de la muerte probable o eximirlo de aquellos sufrimientos que Ciges Aparicio relató en «Del cuartel y de la guerra».

Fue la primera guerra carlista la que provocaría la ley de 1837, que reguló el reclutamiento de soldados. Sirviendo por el lado teórico y de los principios la igualdad ante la ley y por el lado práctico la necesidad creciente de sacar dinero para sostener la costosa guerra, se suprimieron las exenciones personales gratuitas para sectores privilegiados y se permitieron las redenciones por dinero. Así la situación no variaba, porque seguían yendo a la guerra los de siempre y de paso se sacaba dinero sin necesidad de recurrir a un impuesto. Y entonces aquellos que intentaron burlar el destino que las barreras de clase les imponían, tuvieron que recurrir al crédito y fueron a caer en brazos de la usura. Cita Sales una expresiva frase de un autor militar (el teniente coronel Navarro Muñoz, autor de un «Ensayo de organización militar de España», 1884): «¿Quién no conoce alguna familia que se arruinó por redimir en metálico al hijo, malvendiendo cuanto tenía, alguna industria aban-

donada cuando más prometía por el mismo motivo?».

Luego surgirían sociedades de seguros contra quinta, que tuvieron entre sus dirigentes y consejeros figuras importantes de la vida española (Nuria Sales dedica a este asunto uno de los documentados apéndices de su trabajo). Familia había que abría un seguro al hijo recién nacido, para tenerle la redención garantizada veinte años después.

Hacia mediados del siglo una redención costaba de 1.500 a 2.000 pesetas oro. La sustitución de hombre por

meses; por dos mil, quedaba en cinco.

De 1912 a 1920 es el período estudiado en el ensayo, que lleva al final apéndices, cuadros y gráficos. El libro se completa con tres estudios más de los que nos limitaremos a dar noticia. «La desaparición del soldado gentilhomme»; el «señor soldado» que nutrió las infanterías nacionales creadas por las monarquías de los siglos XVI y XVII deja su sitio al soldado plebeyo; se acentúa la barrera entre oficialidad y tropa. «Esclavos y reclutas en Sudamérica, 1816-1826», utilización por la burguesía independentista criolla de los siervos indígenas y los esclavos negros en «batallones de la democracia» para luchar contra el ejército español de ocupación. «Mercaderes de hombres y sociedades de seguros contra el servicio militar en la Francia del siglo XIX», estudio parejo al que hemos reseñado para España. ■ VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO.



hombre iba en el mismo período de la segunda mitad de siglo de 500 a 1.250 pesetas, variando según la oferta y la demanda; hubo provincias donde los precios de un hombre bajaron tanto que no llegaban a las doscientas cincuenta pesetas. La autora ha realizado un completo análisis del decenio 1861-1871, el que ofrece estadísticas más detalladas. El mayor porcentaje de sustituciones se daba en Galicia, Valencia, Castellón, Murcia, León, Zamora y Salamanca...

En 1912 una nueva ley de reclutamiento prohíbe la redención en metálico y la sustitución. La ley contempla, sin embargo, la figura del soldado de cuota, que redimía parte de su servicio en filas mediante pagos de diversa cuantía. Por mil pesetas el servicio pasaba de tres años a diez

UNA HISTORIA IDEOLÓGICA DEL EVOLUCIONISMO

«Los animales se dividen en: a) pertenecientes al Emperador, b) embalsamados, c) amaestrados, d) lechones, e) sirenas, f) fabulosos, g) perros sueltos, h) incluidos en esta clasificación, i) que se agitan como locos, j) innumerables, k) dibujados con un pincel finísimo de pelo de camello, l) etcétera, m) que acaban de romper el jarrón, n) que de lejos parecen moscas»¹.

Michel Foucault plantea en «Las palabras y las cosas» el problema de la «racionalidad» taxinómica característica de las ciencias occidentales. La historia de estas ciencias, en tanto que disciplina científica, exige que los conceptos de historia, de ciencia y de teoría sean perfectamente demarcados. El problema se complica al elaborar una historia de las teorías evolucionistas en la medida en que el concepto de evolución ha desbordado su circunscripción biológica para convertirse en una concepción del mundo. Escribir

sobre el darwinismo biológico supone previamente una toma de posición teórica respecto al darwinismo epistemológico (S. Toulmin, K. Popper, etc.).

J. Templado² ha incurrido en el grave error de realizar una **Historia lineal y evolutiva de las teorías evolucionistas** sin explicitar ninguna justificación epistemológica de su punto de partida. Una vez más, un científico —en este caso un investigador del C. S. I. C.— se ve sometido a la denominada por L. Althusser «filosofía espontánea de los sabios», que le conduce a la elaboración de una historia crónica, de autores, en la que las ideas científicas gozan de total autonomía y en la que se anula la historia real de las ciencias al insertar las prácticas científicas en el todo homogéneo de «La Ciencia».

Al identificar las teorías evolucionistas con los autores de esas ideas, los cuales son a su vez asimilados con su vida civil, se obtiene como resultado una historia naturalizada de la historia de las ciencias. Los sujetos, considerados creadores de ciencia, se suceden ininterrumpidamente y su pensamiento es interpretado a partir del siguiente postulado implícito: la anterioridad cronológica supone la inferioridad lógica. En esta perspectiva no es extraño que los presocráticos aparezcan como los forjadores de las primeras ideas evolucionistas. Encontramos así la idea de precursores tan justamente criticada por G. Canguilhem en sus «Etudes d'histoire et de philosophie des sciences» por considerar que implica la aceptación nada evidente de que la reinscripción de los conceptos en sistemas diferentes de pensamiento no supone ninguna variación del concepto en sí.

La vida, las fechas, los títulos de las obras de los autores..., lo anecdótico cobra entonces más valor que la historia de las condiciones de aparición y la propia emergencia de los conceptos científicos.

Los autores y los resúmenes de sus aportaciones son presentados en forma seriada, siendo objeto de un tratamiento privilegiado Lamarck, Darwin, Wallace, así como el problema genético que constituía uno de los puntos débiles de la teoría darwiniana. El libro finaliza con dos capítulos en los que se estudia el tema del origen del hombre y el del origen de la vida. En las líneas finales del epílogo, el autor considera como imperativo biológico del hombre el



«equilibrar la caótica sociedad actual y dar mayor primacía a los valores espirituales». La lista con las referencias bibliográficas tiene un particular interés.

Ante la imposibilidad de resumir el contenido del libro, quisiéramos esbozar otra posible trayectoria histórica del evolucionismo, que se caracterizaría por tratar de articular el análisis de las formaciones sociales con las condiciones teóricas de producción de los discursos científicos. Ello implica partir de una concepción materialista de la historia que está en guerra declarada con cualquier tipo de idealismo —«son las ideas quienes mueven el mundo»— o espiritualismo.

La historia que propugnamos supone la aceptación de conceptos tales como «rupturas epistemológicas», «obstáculos epistemológicos», «emergencia de conceptos»..., utilizados fundamentalmente por las escuelas epistemológicas francesas y que en relación con el evolucionismo han mostrado su eficacia práctica en los escritos de M. Foucault y G. Canguilhem, anteriormente mencionados. F. Jacob, en su «Lógica de lo viviente» ha puesto de manifiesto las repercusiones que se producen en la historia de la biología al admitir el principio de la discontinuidad.

Sería también necesario escribir una historia del evolucionismo sin sujeto; es decir, negar la categoría de autor como punto de partida de la

construcción teórica o de la elaboración científica: las ciencias no se constituyen a partir del poder creador del sujeto, sino de configuraciones del saber articuladas con las relaciones de producción. Para que Darwin y Wallace pudieran formular la teoría evolucionista, fue necesario no sólo una mutación en el espacio del saber entre el siglo XVIII y el XIX, pasando de un sistema de clasificación basado en los caracteres visibles de los seres vivos a un sistema anatómico que prima las funciones internas del organismo, sino que fue preciso también que estos autores, situados en los márgenes de la ciencia oficial, realizaran estudios sobre el terreno aprovechando sus largos viajes posibilitados en última instancia por el imperio colonial inglés. A esto hay que añadir su conocimiento de la obra de Malthus, la cual a su vez sólo es explicable refiriéndose a la configuración que la lucha de clases había adoptado en la Inglaterra de la época. El darwinismo supone así la aceptación por la biología de un modelo social.

La obra que comentamos no puede ser comprendida si no tenemos en cuenta algunos de los determinantes propios de la sociedad española entre los que cabe destacar el cuerpo profesoral, el estamento clerical y la actual coyuntura sociopolítica. La negación del humanismo, incluido el humanismo científico, realizada por la escuela althusseriana y por M. Foucault, ha provocado en nuestro país vivas reacciones, sobre todo en la antropología oficial tan relacionada con el pensamiento clerical. A esto se suma la influencia del pensamiento teilhardiano repleto de misticismo, espiritualismo y humanismo. Finalmente, la situación española actual favorece la intensificación de los efectos ideológicos: idealismo frente a materialismo, «la ciencia» frente a las prácticas científicas, evolución frente a revolución, sucesión y continuidad frente a rupturas, sujeto creador frente a sobredeterminación social... Los discursos científicos son imposibles si se admite como postulado implícito que todos los animales pertenecen al Emperador. ■ **JULIA VARELA y FERNANDO ALVAREZ-URIA.**

¹ Texto de Borges, citado por M. Foucault: «Las palabras y las cosas». Ed. Siglo XXI. México, 1968, pág. 1.

² J. Templado: «Historia de las teorías evolucionistas». Ed. Alhambra, Madrid, 1974.